
O B O C K.

AL PASO.

Amanece. Estamos en el golfo de Aden, región perpetuamente cálida y región de espejismos.

Delante de nuestra vista (volvemos de la India, con un cielo inalterablemente azul) el horizonte se halla como encerrado por pesadas velas de un gris violáceo y casi negro.

Para ojos marineros ejercitados en descubrir la tierra desde lejos, hay tierra allá abajo seguramente; sin verla, se la adivina en un no sé qué de opaco y de inmóvil que ofrecen las nubes. Y debe ser algo más que islas evidentemente; aun sin estar prevenido, esto se conoce sin temor de equivocarse, porque lo que oscurece el cielo con amontonamiento tal de vapores, debe ser macizo, potente, inmenso como los grandes contornos y las líneas

infinitas de un continente. Y en efecto continente era, el más profundo, el más inmutable de todos: África.

Al acercarse, en primer término se designa y se ilumina una llanura monótona de arena endurecida que á la salida del sol parece de tinta color de rosa, destacándose sobre fondos de intensa obscuridad. Más al interior, lo oscuro persiste y se acentúa, confundiéndose en la profundidad nubes y montañas á modo de caos en que se dan cita todas las tempestades de la tierra. A su vista se adquiere la conciencia del continente, de los desiertos espaciosos, formándose la impresión de África inmensa, cálida y desolada.

En algunos puntos se destacan arbustos que semejan ramos de flores pequeños y redondos, y lo verde es allí pálido, casi azul, por exceso de sol, y transparentes, por la ligereza y debilidad del follaje. El país que visitamos es el de los bankalis, dependientes del Sultán de Tadjura, y algo más allá, á lo largo de la costa, se tropieza con el establecimiento francés de Obock, rodeado de luminoso vapor movible incesantemente.

Se trata de una gran construcción nueva al estilo de las de Aden, y bien perceptible por su blancura sobre las arenas. Edificada por la Compañía que suministra carbón á los barcos que pasan, sorprende por su aire confortable en medio de este país maldito.

Rodeada de un muro de tierra y con los restos de una torre elevada en el centro, tiene algo de ruina antigua, cuando en realidad sólo cuenta tres años de existencia.

Estos restos eran la primitiva habitación del representante francés, estilo árabe, que en una hermosa noche del último año vino á hundirse por efecto de una inundación repentina procedente de las montañas de Abisinia.

Una aldea de chozas africanas aparece después, del mismo color gris rojo que la tierra y la arena calcinada por el propio sol. Esas cabañas de paja y muy chatas, más bien que hogares humanos, semejan nidos de bestias.

En este lugar se divisan cuatro ó cinco personas vestidas como muñecas, de encarnado anaranjado ó blanco, de cuyos trajes surgen largos brazos ne-

gros; los demás habitantes se presentan desnudos y tienen siluetas de mono.

Y, por último, allá abajo hay una especie de cabo, y encima se levantan diez ó doce casitas, también rojas, simétricamente colocadas y con aspecto de ciudad fabril. Este grupo constituye el Obock oficial, el Obock del Gobernador y de la guarnición, formando gran contraste con la grandiosa desolación que le rodea.

Atravesamos aquellas aguas tranquilas de lo que se llama el *puerto de Obock*, que es, con efecto, un *puerto* y abrigo bastante seguro, aunque á primera vista no lo parezca, porque la cintura de coral que le protege se halla á flor de agua. Nos encontramos en uno de los puntos más cálidos del mundo; son las ocho de la mañana apenas, y ya se siente en las mejillas, en las sienes, una impresión abrasadora, como si se estuviera demasiado cerca de un gran fuego; y es que allí sobre el mar, sobre las arenas que deslumbran existe una terrible reverberación de sol. Pero es un calor seco y casi sano, si se compara á las humedades que dejamos atrás en Cochinchina y Anam. Los

vientos que allí soplan han pasado por los grandes desiertos sin agua del África y la Arabia, y forman un aire puro y casi vivificador.

Después de un corto trayecto en canoa á través de aguas tibias y de un verdadero jardín de madreporas, desembarcamos, y por un sendero de arena llegamos á una especie de explanada que domina el mar, al grupo de casitas de techo rojo, ó sea al Obock de los europeos. Alzase la habitación del Gobernador en el medio, y se sube hasta allí por una escalera de barro seco gris con pretensiones de monumental. Esta es la entrada á las recepciones de los jefes negros.

En lo alto de la escalera la vivienda rodeada de verjas á modo de gallinero y que permiten que las corrientes de aire penetren por todas partes.

En la fachada se ven montados cuatro cañones pequeños, batería de juguete, y la bandera francesa flota en el extremo de un mástil.

Las demás casas de análoga construcción se hallan alineadas con simetría á los lados de este imponente edificio, y se destinan al abrigo de los setenta ú ochenta artilleros y soldados de infan-

tería de marina que constituyen la guarnición de Obock.

Una palizada infantil viene á ser la defensa de esta barricada de los blancos, levantada con arbustos en forma de parasol, que son los únicos que se dan en el país, y colocados en el suelo los unos al lado de los otros.

Dentro de este recinto circulan los soldados alerta y activos, que se ocupan por el momento en la preparación del almuerzo.

No son estas figuras como aquellas otras pálidas que acostumbrábamos á ver en Cochinchina y en el Tonkín, sino hombres de buena presencia, con su casco blanco en la cabeza, apenas vestidos, con una chaqueta sin mangas, con los brazos al aire, tostados como los de los beduinos y con aspecto de disfrutar excelente salud.

Verdaderas ensaladas, verdaderas legumbres que causan admiración en un país tan absolutamente árido, se producen en una especie de jardín que riegan y cultivan con esmero.

Los negrillos corretean entre ellos con la mayor familiaridad, mestizos de árabes ó de indios, de

ojos rasgados, delgados labios y perfil encantador. En Obock hay, pues, algo de vida.

Un barranco de arena separa este cuartel militar de la aldea africana, que por cierto ha aumentado bastante de un año acá. ¿De dónde vienen estas gentes? ¿por qué caminos, á través de qué soledades pasaron para reunirse aquí, cuando alrededor sólo existen desiertos inhabitables?

Aunque pequeño, va formándose en Obock un centro de transacciones, tomando por base lo que hoy es una calleja inundada de luz, devorada por el sol, y con dos líneas de unas veinte casas y tiendas. A la entrada se levanta una de verdaderos muros, estilo moruno, y un despacho de licores que un colono europeo (el único del país) tiene abierto para uso de nuestros soldados. Fuera de esto, no existen sino chozas indígenas, tan bajas, que se toca con la mano el techo, sostenidas por trozos de madera nudosos, que parecen huesos y piernas torcidas, recubiertos de paja y cosidos como remiendos de trapos; son las ramas de los mismos arbustos que sirvieron para la empalizada del Gobernador. El suelo está apisonado con mezcla de

detritus, que se pudren y se secan y mantienen verdaderas legiones de moscas.

A recibirnos se aproximan dos negritas jóvenes, de labios muy delgados, de sonrisa falsa y traicionera, «señoras dankalies», según nos dijo un negro al paso, como presentándonoslas.

Pretenden vendernos la piel de una pantera recientemente degollada y que una de las interesadas lleva sobre sus espaldas.

¡Qué cabezas más singulares las de estas «señoras dankalies»! ¡Qué gestos tan salvajes, y qué miradas las de aquellos ojos vivos y perpetuamente movibles! Su cutis reluce al sol como si estuviera dado de aceite.

A lo largo de la calle sólo se ven cafetines, y debajo de estas chozas se trafica ó se bebe siempre algo, y el conjunto tiene un carácter como improvisado y de mercado africano incipiente.

Tiendas en miniatura, cuyos aparadores son una mesa de cajones. En un compartimiento arroz, un poco de sal en otro, canela, azafrán, y á la vez este mismo comerciante ofrece turbantes de algodón, trajes á la moda de Egipto y paños de Etiopía.

Compradores y vendedores, unas doscientas personas á lo más, pertenecen á toda clase de razas. Negros muy negros, rizados y relucientes, de tronco desnudo y soberbia actitud. Árabes de pintados ojos grandes, vestidos de blanco, verde claro ó amarillo de oro. Hombres altos y delgados, de cuello de cigüeña, perfil de cabra, cabelleras largas teñidas de blanco rojo, que caen sobre los hombros como pellejo de carnero merino sobre bronce. Dankalis adornados con collares de conchas, y dos ó tres malabares allí perdidos, arrojando en tan extraña mezcla un recuerdo de la vecina India.

En el fondo de aquellos agujeros que quieren ser cafés, esos hombres se sientan en el suelo y confundidos para jugar y para beber: unos se divierten con los dados; otros escogen un juego más sencillo, propio del desierto, que consiste en trazar combinaciones de líneas en la arena; dos negros, por completo desnudos, mantienen una partida de *piquet*, golpean fuertemente sobre la mesa, y manejan verdaderas cartas, con gran extrañeza de los que las ven en manos salvajes; otros tres se entregan á su lado á sorprendente

dominó: pertenecen estos últimos á la especie de hombres delgaduchos que se blanquean la cabellera, como si fuera cal con que se embadurnan las momias.

Encima de los jugadores, los techos de paja apenas si hacen sombra, porque el sol, aquel terrible sol, atraviesa las junturas como criba, y alrededor de las chozas, y más allá, á lo lejos, todo quema, todo llamea, todo abrasa en la inmensidad del África.

Bien pronto se toca el fin de la aldea; llégase á las cuatro últimas casas, un tanto aisladas entre sí y sobre una duna; esto es el barrio de las damas galantes.

Se cuentan hasta diez ó doce, bastante lindas, abisinias, somolies ó dankalies, siempre esperando bajo sus techos de esteras. Largos trajes rojos cubren sus cuerpos, anillos de plata aprisionan sus tobillos y muñecas, y en esta especie de acecho, que es el principal objeto de su triste existencia, permanecen mitad místicas, mitad feroces; muy dignas en su impudicia negra, cumpliendo sus funciones como sacerdocio religioso, y acogiendo,

mediante una blanca moneda, con igual sonrisa de tigre al soldado francés; al beduino que pasa ó al negro gris.

Después de este barrio ya todo se acaba, y de nuevo comienza el desierto profundo, con sus espejismos, siniestro con su sol que mata.

Sin embargo, todavía en un repliegue del terreno hay algo de verde, y es el *jardín*, el famoso jardín que cultivan los soldados á fuerza de trabajos y de riego; pero esto es lo último definitivamente: no se ve más que la región vacía que en las cartas geográficas se conoce con el nombre de *Meseta de las gacelas*.

En el extremo horizonte, hacia las tierras, se divisa siempre el mismo cuadro de nubes y montañas limitando la extensión verdaderamente desolada en que nos encontramos.

A medida que adelantamos por la *Meseta de las gacelas*, el pequeñísimo Obock, de rojos techos y con sus tres casitas, se borra á lo lejos y desaparece; la llanura luminosa, en cambio, se aumenta uniformemente con su aspecto tan triste.

También el mar se pierde de vista, por más que

el suelo continúa siempre esmaltado de ramos de coral y conchas enrolladas (estrombas de boca de rosa para los naturalistas). Parece este espectáculo una especie de bajo submarino que, impulsado por un polvo más hondo, llega al pleno del sol.

A uno y otro lado, algunos grupos de hierbas y extrañas plantas de verde, extremadamente pálido, se muestran esparcidos y como borrado el color por el fuego de los rayos solares. De trecho en trecho esos enfermizos arbustos, de formas de sombrilla, follaje tenue y claro, forman una decoración de jardín inglés; predomina aquí la mimosa triste, la eterna mimosa de las soledades africanas, y que crece en todas las regiones áridas del interior, en los arenales del Senegal; una mimosa que, por no producir cosa alguna, ni siquiera produce sombra.

¿Qué clase de hombres podrá alimentar semejante tierra? Aquellos seres esbeltos, de tipo felino, de mirada salvaje, que nos designaron en Obock como dankalis indígenas; personajes que encajan perfectamente con su país, en donde viven errantes y sembrados en medio de las arenas y senderos, como secados y adelgazados sus cuerpos hasta pare-

cer las gacelas que dan nombre á la famosa meseta.

Nos cruzamos con algunos que proceden de las regiones del interior y llevan un ligero bagaje sobre la espalda. En otro grupo, las notables *señoras dankaliés* se detienen ante nosotros, mirándonos con sus falsas sonrisas, que nos permiten ver blanquísimos dientes, y con su perpetua piel de pantera, que nos enseñan con intención de que la compremos.

A lo lejos, y en la llanura, hallamos acampadas algunas gentes, tendidas sobre la tierra abrasadora. En sus cabañas no pueden entrar derechos; tan bajas son; y cuando están dentro de ellas, se tienden entre una mezcla confusa de pieles, sables y cuchillos de forma traicionera. Inmóviles y ociosos, vienen á Obock para traficar en todo ó simplemente para ver. Sus acogidas no sólo son inquietas, sino inquietantes, y sus entrevistas llenas de admiración y desconfianza.

Dan las once de la mañana, y con estos espejismos y esta reverberación de las arenas, todo reluce y tiembla, porque una claridad que ciega parece levantarse de la tierra.

Más allá se divisan dos ó tres conjuntos de cosas blancas que se destacan sobre la llanura roja. ¿Es nieve allí caída milagrosamente, ó cal ó piedras? Pero no; lo que es se mueve. ¿Serán hombres con albornoces? ¿bestias? ¿gacelas? ¿caballos? Porque aquello se asemeja á lo que uno quiera, incluso á elefantes blancos, pues allí se pierde la noción completa de las distancias y las magnitudes; todas las cosas lejanas se deforman y cambian.

Pues bien, se trata sencillamente de carneros; carneros raros, de extremada blancura, con la cabeza muy negra y el rabo largo y en figura de abanico como los de Egipto. Rebaños notables que por la mañana van á pacer no sé qué hierba y que apresuradamente vuelven á Obock por la tarde antes de que llegue la hora de la llegada de las fieras.

Tales fueron los últimos seres vivientes que encontramos al continuar alejándonos en aquella llanura inmensa.

A poco sonó mediodía, y á esta hora los hombres blancos no salen nunca; preciso era para arriesgarnos así nuestra imprudencia y el afán de

ver que nos impulsaba. Naturalmente sentimos en nuestras espaldas y á través de los vestidos de tela blanca que nos cubrían una impresión abrasadora que nos quemaba.

No proyectábamos sombra al andar y apenas si dibujábamos un pequeño círculo negro que se limita á nuestros pies; el sol se encuentra juntamente en lo alto del cielo, en el zenit, y todo su fuego cae perpendicularmente sobre la tierra.

Nada respira en parte ninguna; todo agoniza y muere de calor; ni aun siquiera se oyen esas músicas de insectos que en los demás países del mundo constituyen los persistentes ruidos de la vida durante las horas del mediodía en verano; pero en cambio la llanura parece como que tiembla cada vez más, y tiembla y tiembla con incesante movimiento, rápido, febril, aunque absolutamente silencioso, á modo de imaginarios objetos, de visiones.

Por todos los lejos se esparce indefinible cosa que semeja al agua ondulante, ó tira de gasa empujada por el viento, que no existe, sin embargo, porque sólo es un efecto de espejismo.

Las apartadas mimosas toman formas extrañas, alargándose ó extendiéndose, desdoblándose al centro, como reflejadas en este lago engañoso que cubre las arenas sin rumor y que se agita sin necesidad de soplo de aire en el espacio.

Todo, en fin, deslumbra, fatiga y desvanece, inquietando la imaginación por el gran esplendor triste y desierto del sitio.

En el fondo, siempre las montañas sombrías bajo grupos de nubes pesadas. Aquí todo acaba en una especie de desolación indecisa y tenebrosa, perdiéndose la vista en negras profundidades. Tal es el interior de Africa que vive detrás de estas obscuridades y tormentas.

SOBRE LA MUERTE .

DEL ALMIRANTE COURBET.

I.

A bordo de *La Triunfante*, rada de Mac-Kung,
viernes 12 de Junio de 1885.

.....Lo que oí de esta muerte fué bien poco; escribirlo me parece casi rebajar semejante desgracia rodeándola de muchos detalles insignificantes.

Ocurrió ayer, á las siete de la tarde, mientras alegremente comíamos en nuestro barco. De pronto se oye el rumor de una canoa que se aproxima, y los timoneles nos dicen que procede del *Bayardo* y es portadora de una carta para el Comandante. Despertóse gran curiosidad con el incidente, porque algo grave debía suceder. ¿Se habría firmado ya la paz?..... ¿Se renovaría la guerra?.....

No; nada de esto era, sino cosa terrible é im-